JOSÉ FRANCÉS

La bondad en el engaño

COMEDIA

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

LA BONDAD EN EL ENGAÑO

LA BONDAD EN EL ENGAÑO

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ FRANCÉS

Estrenada en el TEATRO PRÍNCIPE ALFONSO la noche
del 7 de Marzo de 1909



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11
Teléfono número 551
1909

A Felipe Trigo

con mucho cariño al amigo y mucha admiración al novelista.

Francés.

Abril, 1909.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JUAN SAGAZ	Pedro Guirau.
MARÍA	Mercedes Sampedro.
MARTA	Victoria Gragera.
DON LUCAS LUPIÁÑEZ	Alfredo Barbero.
EL CARTERO	Antonio Catalán.

ACTO UNICO

La escena representa una sala de planta baja en una casa de campo de cierto pueblecillo próximo á Madrid. Puerta al foro dejando ver un camino de árboles. Dos ventanas anchas y abiertas; en una de ellas la jaula de un canario. Puertas á derecha é izquierda. Sillas, butacas de mimbre, una mesa, etc.

ESCENA PRIMERA

MARÍA, luego JUAN SAGAZ

Al levantarse el telón María estará sentada á la mesa escribiendo. Por las ventanas entra el sol de una mañana clara y alegre de Julio. Durante largo rato habrá gran silencio. María escribe dando muestras de suma atención y de reflexionar mucho cada palabra antes de ponerla en el papel. De pronto se oye toser dentro á Juan Sagaz y la señora recoge apresuradamente el plieguecillo, ocultándole en la carpeta. Luego se levanta, y yendo hasta una de las ventanas finge abstraerse haciendo fiestas al canario

SAGAZ (Entrando. Es un hombre ya de cierta edad, con una calva enorme y la barba cuidadosamente teñida. Viste con elegancia de mal gusto, y á pesar de su afán en disimularlo, se comprende que ya está bastante lejos de la juventud.) ¡Hola!

MARÍA (Volviéndose asombrada.) ¡Hola! ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Cómo tan temprano?

SAGAZ (Malhumorado.) ¡Temprano y son las once!... No he podido dormir en toda la noche.

MARÍA ¡Como en Madrid te levantabas tan tarde!...

SAGAZ En Madrid era otra cosa. (Suspira.) ¡Ay, Madrid de mi alma! Si no fuera porque esta novela de ahora necesita documentarse, vivirse, antes de escribirla, en pleno campo... Y á propósito: se me ha ocurrido un nuevo título que encaja mucho más que el otro.

MARÍA ¿Sí? ¿Y cómo es?... *Fresas de nieve* era bonito...

SAGAZ Este lo es más: (Con énfasis.) *Carne pálida de rubí.* ¿Eh? ¿Verdad que resulta más... mórbido, más voluptuoso?... (Transición. Fingiendo indiferencia.) ¿Ha... venido el cartero?

MARÍA (Sonriendo.) Aun no. ¿Esperas carta de alguien?

SAGAZ ¡Phs! Lo de siempre: periódicos, alguna tarjetita postal de América... Hoy creo que *El Liberal* se ocupará de *La histérica,* ese *alegretto, educativo morboso..* (Poniéndose el sombrero que estará colgado en una percha.) ¡Tonterías!... Ya nadie se acuerda de mí...

MARÍA (Mimosa.) ¿De veras, de veras?... No te creo. Siempre quedará alguna enamorada... ¡Oh! No se me olvidan aquellas noches horribles de Madrid.. ¡Tanta mujer como te lee y te admira!...

SAGAZ (Fatuo.) ¡Bah! No hagas caso, querida. Esas mujeres son... documentos, notas plásticas para mis novelas futuras. (Amargamente.) Sin embargo, ya sabes que todo eso acabó... Ya no soy un muchacho, engordo... Luego, este pueblo tan aburrido, tan aplanador... Si no fuera por las *Fresas pálidas de rubí en nieve...* ¡Hombre! Mira: este título tampoco es feo; se mezclan los dos y resulta una cosa original.

MARÍA Pero no dice nada.

SAGAZ Ya lo sé. Todos mis títulos les sucede lo mismo... Pero son... sugestivos, mórbidos... mórbi.. ¡Eso es! (Se dirige hacia la puerta, bostezando.)

MARÍA ¿Te vas?

SAGAZ Sí; voy á ver si encuentro al cartero. Hasta ahora...

MARÍA No tardes. Tienes que tomar las píldoras á

las once y media. (Burlona.) ¡Dios sabe á quién te encontrarás por ahí!

SAGAZ (Ya fuera; deteniéndose un momento en la ventana.) No te apures Aquí son odiosas, vulgares; no saben de nada exquisito ni original... de esos divinos banquetes de alma que yo amo tanto. (Desaparece, foro izquierda.)

ESCENA II

MARÍA, luego MARTA

María se sienta á escribir de nuevo con las mismas preocupación y reflexiones de antes. Al poco rato entra Marta

MARTA (Es una mujer obesa y parlanchina. Tiene cuarenta y cinco años, pero pretende aparentar treinta y cinco. Viene llena de paquetes y resoplando de calor y de fatiga.) ¡Uff! ¡Qué día!...

MARÍA (Levantándose asustada y ocultando la carta en la carpeta.) ¡Eh? (Tranquilizándose al ver á su hermana.) ¿Ya de vuelta? ¡Me habías asustado!...

MARTA (Sentándose; jadeante aún.) Sí, hija, sí; yo soy... que vais á acabar conmigo. (Pausa.) ¿Le estabas escribiendo?

MARÍA Sí...

MARTA (Encogiéndose de hombros.) Verás tú cómo esto acaba mal... Los hombres se lo creen todo.

MARÍA (Riendo.) Pues de eso se trata precisamente...

MARTA Ya, ya lo sabemos; pero precisamente los fatuos como tu marido son los que se ponen más furiosos cuando se enteran de que los estan engañando... Dios quiera que no tengamos que sentir.

MARÍA (Encogiéndose de hombros.) ¡Bah! (Pausa. Marta se abanica ruidosamente.) ¿Echaste la carta?

MARTA La eché.

MARÍA ¿Llegará?

MARTA No que no. (Malhumorada.) ¿Ha faltado alguna acaso?... ¡Y que yo, tu hermana mayor, me vea obligada á hacer estos papeles!... Lo que siento es que siempre va una de prisa y no hay tiempo de confesarse; pero el primer viaje que haga un poco más largo, lo confie-

so, ¡vaya si lo confieso!... Aquí no quiero. Estos curitas jóvenes tienen la manga muy ancha. Además, en cuanto una muchacha soltera les habla de algo que se relaciona con el amor, se acuerdan de que son hombres, se olvidan de que ya no están en el Seminario y... ¡Dios me perdone lo que he pensado! (Persignándose.)

MARÍA (Riendo.) Pero, Marta, ¡si tú siempre buscas los confesores viejos!...

MARTA Precisamente. Desde el año... (Mirando alrededor.) (Bueno; estamos solas...) desde el año ochenta y ocho no he vuelto á confesarme con ninguno joven. A mí no me vuelve á ocurrir lo que con don Secundinito el de las *Niñas de Carabanchel.*

MARÍA (Revolviendo los paquetes.) ¿Trajiste el satén? ¿Y las ballenas?

MARTA (Quitándoselos bruscamente.) ¡Estate quieta, mujer! Vamos por partes... La puntilla no han querido dármela sino tomaba las tres varas. Dicen que es á treinta... ¡A mí no me engañan!... Por cierto que, ¿á quién dirás que me encontré á la puerta de la tienda?... A Pacita Menéndez, la mujer de Antolín... Ya está en vísperas del sexto... ¡Un horror! Yo no sé para qué se casan algunas mujeres...

MARÍA Pues... para eso, hija, para eso. (Transición.) ¡Pobre Antolín! Con tan poco sueldo y...

MARTA ¿Sí? ¡Pues si los vieras!... Iba con ella. ¿Te acuerdas lo flaco que se quedó y lo derrotados que estaban cuando el tercer chico? Pues ahora está así de gordo, y van muy bien puestecitos los dos. Según me dijeron vive con ellos un pariente de él que le ayuda en todo... ¡Ah! También he visto á...

MARÍA Pero, mujer, que se pasa el tiempo. (Abriendo un paquete.) ¿A cómo te han costado estas medias? (Las desdobla. Son estrepitosamente rojas.)

MARTA A dos pesetas. Caladas. La última moda. Las he comprado en un saldo de la calle Barrionuevo.

LUC. (Asomándose á una de las ventanas.) Buenos días, señoras.

ESCENA III

MARÍA, MARTA y DON LUCAS

MARÍA (Volviéndose sonriente; con las medias en la mano.) ¡Buenos días, don Lucas!

LUC. (Al canario.) ¿Y tú, chiquitín? (Silbándole y haciéndole fiestas.) ¿Tienes tu lechuguita? ¡Monirriiin!

MARTA (A María, muy sofocada, quitándole las medias.) ¡Mujer! ¡Qué cosas tienes! Las habrá visto, y es una vergüenza.

MARÍA ¡Bah! ¿No te las has comprado para lucirlas?...

MARTA Sí; pero una cosa es que las vea puestas y, así, como al descuido, y otra es que las vea en la mano. Resulta más decente lo primero. (Dirigiéndose á la ventana muy sonriente y acaramelada.) ¡Muy buenos, Lupiáñez!

LUC. ¡Hola, Martita! ¿Cómo va? ¡Usted siempre tan gor... tan guapa! ¿Y su cuñado?

MARÍA (Acercándose también á la ventana.) ¿Juan? Ha salido á ver si encontraba el cartero. Puede esperarle usted si quiere... Ya sé, ya sé que tienen ustedes sus secretitos.

LUC. (Azorado.) ¿Nosotros? ¡No, por Dios! Cómo con ustedes... Hablamos de tonterías... lo mismo que con doña... que con Martita, ¿verdad?

MARTA (Suspirando.) ¡Ay! No. A mí no me habla usted más que de los canarios.

LUC. ¡Y que le tengo á usted preparada una canaria excelente!... Habrá que ver las crías. Ya vamos para abuelos, ¡je, je! Y sin el dolor de tener los hijos, ¿verdad, Martita? (Marta lanza otro suspiro aun más hondo que el anterior.)

MARÍA ¿Pero no pasa usted?

LUC. No. Voy á ver si le encuentro. Está una mañana muy hermosa y da gusto pasear por ahí... Se siente uno más joven y hasta con ganas de enamorarse... No podía elegir Sagaz un pueblo mejor para sus novelas. (Con

malicioso misterio.) Anoche detuvieron á una parejita junto al cebadal de don Antonio...

MARTA (Ruborizándose cómicamente.) Por Dios, don Lucas...

LUC. (Campechano.) ¡Eh! Usted y yo somos viejos ya para...

MARTA (Volviéndole la espalda muy rabiosa.) ¡Grosero!

LUC. (Despidiéndose.) Conque... (Mirando hacia la derecha.) ¡Pero, si ahí viene! (Se ve llegar á Juan Sagaz.) ¡Querido maestro!

SAGAZ ¡Salud, amigo Lupiáñez! ¿Entraba usted ó salía?

LUC. Entraba, entraba... (Entran los dos á la casa.)

ESCENA IV

MARÍA, MARTA, DON LUCAS y SAGAZ

MARÍA ¿Has encontrado al cartero?

SAGAZ (Dejándose caer en una butaca.) No. Es un imbécil. Este pueblo es una pura imbecilidad... Si no fuera por la complicada urdimbre de sus mujeres... Animal, puramente animal, pero complicada...

LUC. (Un poco ofendido.) ¡Muchas gracias!

SAGAZ ¡Oh! Esto no reza con usted... Usted es un espíritu femenino.

LUC. (Más amoscado aún.) Remuchísimas gracias. (Volviéndose hacia Marta, que, después de haber recogido los paquetes, se dirige á segunda puerta izquierda.) ¿De compras, eh? ¿Y qué? ¿Cuándo compramos ese novio?

MARTA (Muy sofocada.) ¿Yo? ¿Comprar yo novio? ¡Cualquier día voy yo á un mercado donde sepa que usted está de venta desde principios de siglo! (Sale.)

ESCENA V

MARÍA, DON LUCAS y SAGAZ

MARÍA (Riendo.) ¡Son ustedes unos chiquillos! Parece mentira que á su edad, don Lucas...

LUC. A la nuestra, señora, á la nuestra; que su

hermana debió quedarse un poquitín sorda con los primeros disparos de la Revolución. ¡Ah! ¿Saben ustedes que doña Remedios, la del médico, se ha puesto peor?

María
Ay, ¿sí? ¡Pobre Remedios!

Sagaz
Es natural, indudable... El hombre que satisface y sirve á todas las mujeres, nunca sirve de nada á la propia.

María
Lo cual no habla mucho en favor de vosotros.

Luc.
(Queriendo sacar á su amigo del apuro en que se encuentra.) Me rogaron que fuesen ustedes por allí.

María
Hoy mismo. No faltaba más. Iremos, ¿verdad, Juan?

Sagaz
¿Yo? No pienso. Son de una estupidez abrumadora. (Bajo á don Lucas.) ¿Querrá usted creer que la presté la más.. la más... mórbida de mis novelas, *Psicogénita Claustral* y ni siquiera la entendió? ¡*Psicogénita Claustral* que me ha valido más de doce almas de mujer!

Luc.
(Malicioso.) ¿Y los cuerpos?

Sagaz
(Encogiéndose de hombros.) ¡Bah! El cuerpo no tiene otro valor que el de ser maravilloso cofrecillo del espíritu, copa del divino...

María
(Que está asomada á la ventana.) ¡El cartero! (Sagaz se pone en pie de un salto y corre hacia la puerta. Entra el Cartero.)

ESCENA VI

MARÍA, DON LUCAS, SAGAZ y el CARTERO

Cart.
Buenos días.

Sagaz
(Acercándose.) ¡Hola, Francisco! Poca cosa, ¿eh? (Rapidamente, al oído del Cartero.) Si viene la carta de otros días, dámela sin que lo note mi mujer. (Alto.) ¿Periódicos, verdad?

Cart.
Sí, señor, periódicos únicamente, y una postal para la señora. (Mientras doña María coge la tarjeta le entrega á Sagaz la carta con los periódicos.) Tenga usted. Vaya, hasta mañana. No hay

nada de pago. (Sagaz esconde la carta en el bolsillo. María lee la postal. Sale el Cartero.)

SAGAZ (Mirando por encima las fajas.) Adiós, Francisco... *Revista Hispano-Americana, Saturno, La Crítica, La Noche, La Correspondencia, El Liberal.*

ESCENA VII

MARÍA, DON LUCAS y SAGAZ

LUC. *¿El Liberal?* ¿Me permite?... (Coge «El Liberal» y se abstrae en su lectura.)

SAGAZ (A su mujer.) ¿De quién es?

MARÍA De Toñita Luján, desde Salinas... Lo de siempre. Estas personas que no se acuerdan de uno más que cuando veranean. Viste mucho eso de decir: «Hago una vida de bestia... Les compadezco á ustedes... Esto es prodigioso...» ¿Y tú? ¿No has tenido carta?

SAGAZ No... periódicos nada más.

MARÍA ¡Ah! (Yendo hacia la segunda izquierda.) ¿De modo que no vienes á casa del médico?...

SAGAZ No, hijita... Tengo que ojear esto. Además, don Lucas...

MARÍA Bien, bien... (Sale.)

SAGAZ (Acercándose con mucho misterio á don Lucas.) ¡Carta!

LUC. (Muy satisfecho.) ¿De veras? A ver, á ver...

SAGAZ ¡Chist! Esperemos á que se vaya María. (Levantando la voz.) ¿Y qué trae *El Liberal?*

LUC. (Dándoselo.) No sé... No he visto más que la primera plana.

SAGAZ (Abriéndolo muy decidido y yendo de primera intención á la tercera plana.) ¡Hombre! ¡Un bombo a *La histérica.* (Leyendo.) «Nuestro formidable y estupendo novelista don Juan Sagaz, ha publicado una nueva novela que escarba y bucea como ninguna de las anteriores en la raigambre psicológica y erótica de la mujer española. El gran maestro...

MARÍA (Atravesando la escena en dirección de la puerta.) Vaya, pues, hasta luego.

SAGAZ — Adiós. «...el gran maestro...»

MARÍA — Volveré á la hora de comer... ¿don Lucas?

LUC. — (Dándole la mano.) A los pies de usied, señora. (Sale María.)

ESCENA VIII

DON LUCAS y JUAN SAGAZ

SAGAZ — (Leyendo.) «...el gran maestro revela una vez más le jeroglífica morbidez de su estilo...» (Se interrumpe y va hasta la ventana.) ¡Ya ha doblado la esquina! (Tira el periódico sobre la mesa.)

LUC — (Atento.) Pero, siga usted leyendo...

SAGAZ — (Preocupado con la carta, que saca del bolsillo y se lleva á las narices.) No merece la pena... Ese artículo lo he escrito yo mismo. Es mucho más cómodo... Los críticos no me entienden... ¡¡Aaaahhh!! ¡Qué perfume! Huela usted. (Arrimando la carta á las narices de don Lucas. Este estornuda.) ¡Hombre!

LUC. — ¡Pero si es que me ha hecho usted cosquillas con la uña!... ¡Exquisito!

SAGAZ — ¿Cómo se llamará este perfume?... Tengo que preguntárselo... Mi futura heroína es una mujer de mundo y.. (Rompe el sobre.) Veamos... Venga usted aquí. (Se sientan muy juntos) ¡Ejem! ¡Ejem! (Leyendo, con mucho énfasis.) «Maestro: ahora, en la tarde plata y niebla, es mi corazón un incensario y Tu Altísimo Talento, el ídolo de oro de una religión prebhúdica, más antigua que el mundo...» (Hablado.) ¡Qué profundidad! ¿Eh?

LUC. — (Estupefacto.) ¡¡Oh!! ¡Profundísimo! ¡Profundísimo! Y luego dicen que la mujer no sabe amar...

SAGAZ — (Reanudando la lectura.) «.. del mundo. Por eso yo, la incomprendida, la sepultada en sombra, que amaneció al fin en la lumbrada de sol de tus libros, hallo tan grande intelectivo placer en desnudarme ante el inmenso desnudador de almas...»

LUC. — ¡Sopla!

SAGAZ (Después de mirarle despectivamente.) «...almas. Y á tu alma, vertida como el aromático vino de un ánfora sobre el blanco mantel de tus obras, me rendí primero. Después, la gallarda apostura, el negrísimo cabello audazmente levantado...»

LUC. (Mirando la enorme calva de Juan Sagaz.) ¿Negrísimo cabello?

SAGAZ (Un poco molesto.) Sí. Se refiere al retrato que publiqué en la primera edición de *Vírgenes Floridas*. Hace de esto... algunos años...

LUC. Ya lo creo. El ejemplar que yo tengo es del año pasado, de la vigésima sexta edición... Por cierto que ya no tiene retrato.

SAGAZ (Displicente.) Si, se había borrado mucho el cliché. (Leyendo.) «...levantado, me acabaron de rendir. A pausas de marido...

LUC. (Dando un salto.) ¡¡Cómo??

SAGAZ A pausas de marido... Vamos: cuando el marido la deja en paz... ¡Con que original belleza expresa ese desahogo!

LUC. (Convencido.) ¡Oh! Ya lo creo... ¿Y... falta mucho?

SAGAZ Desgraciadamente no. (Leyendo.) «...á pausas de marido, pienso en cómo, cuándo y por qué hube de hallar esta fortaleza de decirte mi admirativa pasión. Hoy, que es plata y niebla la tarde, ahora que se acercan los cobres del crepúsculo, tengo el valor de enviarte mi alma como un suspiro, como un perfume, como un eco, como una nube, maestro... La consciencia de mi incógnito, la seguridad de que nunca has de verme, me da una fuerza... *Sobredorada.*»

LUC. ¿Eh?

SAGAZ (Doblando la carta.) *Sobredorada*. El nombre de una de mis heroínas. Cada vez emplea uno distinto. ¡Qué joya esta carta, amigo don Lucas!

LUC. (Sonriendo.) Pero permanece inflexible... sigue ocultándose.

SAGAZ (Encogiéndose de hombros.) ¡Bah! Conozco de sobra estas últimas trincheras... Mire usted: casi podría decirle donde ha dudado, en que

línea se le torció el corazón de ansiedad. Aquí la letra se hace más fina, más segura...

LUC. (Ingenuo.) Eso es que debió cambiar de pluma.

SAGAZ O que logró sujetar al fin el caballo indómito de su entusiasmo. Voy á contestarla en seguida... Espere usted. (Entra á una de las habitaciones de la derecha y sale con un pliego de papel y un sobre. Se sienta á escribir rápidamente en la mesa donde escribió María. Luego se levanta agitando el papel para que se seque la tinta.)

LUC. A ver, á ver...

SAGAZ No son más que cuatro palabras; pero decisivas, irrefutables. (Leyendo.) «Esclava del Supremo Todo. Espero, confío, necesito que seas la arrogante, decidida á vivir el sueño de amarnos. Maestro de talento, quiero ser maestro de esclavitud y tu carta próxima ha de traerme la simbólica blancura de nuestra primera entrevista. *Jota Ese.*» ¿Eh? ¿Qué tal?

LUC ¡Magnífico! Claro: ¡cómo no van á perder la razón leyéndole á usted y lo que es esta de ahora, no me cabe duda, está pero que de remate!...

SAGAZ Y esto no se seca... ¡Maldita tinta! ¡Ah! (Levantando la carpeta para secar el plieguecillo y encuentra la carta á medio escribir de María.) ¿Qué es esto? ¡Letra de María!... (Lee rapidamente para sí.) ¡¡Dios mío!! (Desplomándose en el sillón con la cabeza entre las manos.)

LUC. (Asustado.) ¡Pero, don Juan!... Maestro, amigo Sagaz... ¿qué le pasa á usted? ¿qué le ocurre? ¿qué sucede?...

SAGAZ Es el castigo; la ley taloniana que se cumple. (Levantándose y echando los brazos al cuello de don Lucas.) Usted, don Lucas, es mi amigo más leal, ¿verdad?

LUC. ¿Y lo duda usted?... Pero, ¿qué ocurre, qué dice esa carta?

SAGAZ ¡Vaya usted, corra usted á casa del médico!

LUC ¿Se siente usted mal?

SAGAZ No, no; quiero decir que vaya usted á buscar á María. Dígala que venga en seguida, inmediatamente, que lo exijo.

LUC. (Comprendiendo al fin.) ¿Acaso?...

SAGAZ (Estrechándole las dos manos con infinita melancolía.) ¡Sí!

LUC. ¡Cáscaras! ¡Voy en un vuelo! (Va hasta la puerta y vuelve.) ¡Valor, amigo mío! Esto no tiene nada de particular.

SAGAZ (Furioso.) ¡Como que no tiene nada de particular?

LUC. (Azorado.) Bien, sí; quería decir á usted, que usted, como novelista... quizás... debe usted. (No sabiendo como continuar.) Voy ahora mismo. (Sale escapado. Sagaz cae en el sillón con la cabeza entre las manos.)

ESCENA IX

JUAN SAGAZ y MARTA

SAGAZ (Durante algún tiempo permanece silencioso y dando pruebas de gran inquietud. Luego se levanta de un salto y avanzando hasta una de las puertas derecha, llama á su cuñada.) ¡Marta! ¡Marta! ¡Ven!

MARTA (En peinador, asomando la cabeza, que llevará llena de «papillots».) ¿Está ahí don Lucas?

SAGAZ ¡Qué don Lucas ni don demonios! ¡Entra!

MARTA (Entrando con las tenacillas en la mano.) ¡Ay, hijo! ¿Qué te sucede?

SAGAZ (Dándole la carta.) ¡Mira!

MARTA (Ojeándola rápidamente. Muy tranquila.) ¡Ah! ¿Conque lo has descubierto todo?

SAGAZ (Estupefacto.) ¿Y lo dices con esa tranquilidad?

MARTA Pues claro. Esto no tiene nada de particular.

SAGAZ ¿Tú también? ¿Es decir que no tiene nada de particular que una mujer le sea infiel á su marido?

MARTA (Asombrada.) ¿Infiel? (Ocurriéndosela de pronto el engaño.) Pero, vamos á ver: ¿no has dicho tú mismo en una de tus obras que el alma es algo etéreo, suprasensible, libérrimo y tornadizo? ¿No aseguras en otra que el marido engañado no debe culpar á su mujer, si no

tener el quintaesenciado altruismo de culparse á sí propio?

SAGAZ (Fuera de sí.) ¡Bueno! ¡No estoy ahora para quintaesencias! Después de todo no debemos llevar la literatura á la vida.

MARTA Pero si la vida á la literatura ¿no es eso? Pues bien: María es una libertada del espíritu, como tú dices.

SAGAZ ¡¡Marta!!

MARTA (Siempre tranquila y sonriente.) Además... tú no tienes en cuenta el mal ejemplo de todos los instantes. Esa vida tuya... tan... tan... (Irónica.) *donjuanesca.* ¿Qué diría tu mujer si se enterase de esas cartas que recibes todos los días de una...

SAGAZ (Interrumpiéndola.) ¿Cómo? ¿Tú sabes?

MARTA ¡Todo! Sé que mantienes correspondencia con una mujer casada y que...

SAGAZ (Olvidándose de su situación de marido burlado para pensar solamente en su vanidad de conquistador.) Es diferente. Yo he nacido para amar. Las mujeres me buscan... (Despectivo.) ¡Y no mujeres cursis, necias y ridículas como tú y como tu hermana... Este amor mío de ahora, es de una tal grandeza femenina, de una tan... mórbida psicología... Hasta su misma letra ancha y nerviosa lo proclaman.

MARTA (Molesta por el concepto en que la tiene Sagaz.) ¡Ea! Basta de farsas. Has de saber, majadero, que, desgraciadamente, María te sigue queriendo. Es tan abnegado su cariño á tí, que esa desconocida, esa exquisita mujer de tan... mórbida psicología no existe: es una creación suya para halagar tu vanidad. En cuanto á mí, te agradezco los elogios que has prodigado á mi letra... Yo era la encargada de poner en limpio los borradores de María.

SAGAZ (Atónito, aplanado.) ¿Es posible? (Desplomándose en el sillón. Por una de las ventanas se ve pasar á María.)

MARTA Ahí la tienes. Pregúntaselo á ella misma. (Entra María.)

ESCENA X

SAGAZ, MARTA y MARÍA

MARIA (Entrando asustada.) ¿Pero qué ocurre? Don Lucas me...

MARTA (Interrumpiéndola.) Que Juan lo sabe todo. Se lo he tenido que decir.

MARÍA (Temerosa, apoyando sus dos manos en el brazo de él.) ¡Perdóname, Juan mío! (Sagaz la rechaza bruscamente. Volviendose hacia Marta.) ¡Y yo que confiaba en tí, en que nunca, nunca, sabría esta bondad mía...

SAGAZ (Poniéndose en pie de un salto.) ¡Córcholis con la bondad! ¡Una burla infame! ¡Tratarme como á un necio!... Además, no ha tenido más remedio. Hubiera sido por lo otro.

MARÍA (Asombrada.) ¿Lo otro?

MARTA Sí, María. Juan creyó al principio que esta carta no se la escribias á él, que no era un borrador para que yo luego la pusiera en limpio y pudiese atribuirla á otra mujer, á esa desconocida...

SAGAZ (Sin poderse contener.) ¡Más valiera quizás!

MARÍA (Amargamente.) ¿Es posible, Juan, que hasta tal punto te ciegue la vanidad?

SAGAZ No, no es vanidad. Es asombro, asombro rabioso ante una cosa inexplicable. Por más vueltas que le doy no comprendo qué motivo hayas tenido para engañarme, para divertirte conmigo de este modo.

MARÍA (Melancólica.) ¡Divertirme!.. Afortunadamente, hay en mi alma tanto amor á tí, que este trivial engaño no ha tenido más razón que la bondad. Vosotros los artistas sois siempre niños; unos niños ambiciosos é inquietos que se ahogan en la vulgaridad, que no tienen miradas sino para lo muy lejos, que pasais por la vida con una canción en los labios y una santa locura en el corazón, sin daros cuenta de que, muchas veces, el ensue-

ño que buscais, el ideal que pretendeis conquistar, está junto á vosotros, que con vosotros marcha y que sólo para la resignada abnegación ha nacido... (Pausa. Sagaz se sienta pensativo, absorto, ante estas palabras que le suenan á nunca oídas. Marta sale despacio, dejando solo al matrimonio.) Tú ya vas siendo viejo; pobre Juan mío.. (Sagaz protesta.) Sí; es inútil que pretendas engañarte. Una gloria, un triunfo como el tuyo no se consigue sin grave daño ni quebranto. Todas tus obras son una exaltación, una liberación del amor, y hay quien asegura—tú mismo me lo dijiste muchas veces, sin saber que dolor de plomo candente me vertías sobre el corazón—que esas obras son espejo de tu vida y que los conflictos espirituales, las aventuras y arrebatos de tus personajes te arrebataron y conmovieron antes á tí.. Por eso, cuando vinimos á este pueblo y ví tu tristeza, tu amargura de todos los momentos al creerte lejos de Madrid, siendo tu juventud la lejana, cuando comprendí que esta tristeza te aplanaría, te anularía tal vez para la obra futura, resolví inventar la mentira de una pasión, separar tu alma de la mía en una infidelidad inocente... que me engañaras conmigo misma. (Pausa.) Si hice mal, perdóname, te lo suplico; pero de todos modos, piensa que este engaño debe traernos una alegría nueva: á tí porque has descubierto que también sé decirte lo que hay en mi alma; á mí porque estoy segura de que mientras ha durado la farsa, no has pensado más que en mí, en mí sola... aun creyendo pensar en otra. (Pausa. Viendo que Sagaz no contesta, va junto á él echándole los brazos por el hombro.) ¿No contestas?

SAGAZ — Pero... entonces, ¿estas cartas (Saca del bolsillo un puñado de cartas.) son tuyas, las has escrito tú?

MARÍA — Sí, yo; ¿no te lo he explicado ya?

SAGAZ — (Levantándose.) Bien, bien... Déjame solo.. Necesito estar solo...

MARÍA Pero...

SAGAZ (Duramente.) ¡Que me dejes, mujer! ¡Vete! (María sale lentamente enjugándose las lágrimas.)

ESCENA ÚLTIMA

JUAN SAGAZ, solo

(Sagaz, durante un rato, paseará de arriba abajo dando muestras de una gran agitación.) ¿Y si fuera verdad? (Sentándose á la mesa muy resuelto.) Yo, por si acaso, voy á echar la carta. (Escribiendo el sobre.) «Lista de Correos. Cédula personal, número siete mil...»

TELON

Obras de José Francés

TEATRO

Guignol, teatro para leer.
Cuando las hojas caen... paso de comedia.
Más allá del honor, comedia dramática.
A la sombra del amor, paso de comedia.
El señor de Roncesvalles, comedia en un acto (traducción).
La bondad en el engaño, comedia en un acto.

NOVELAS

Dos cegueras. (Agotada.)
Abrazo mortal. (Tercera edición.)
El alma viajera. (Segunda edición.)
Mientras las horas duermen...
El alma cansada.
Miedo.
La guarida.

Precio: UNA peseta